



DEL DIBUJAR ENSIMISMADO

Angélica Tanarro

Texto en el libro “VUELAN LAS LÍNEAS”,
exposición dedicada al dibujo en la trayectoria creativa
de Isidro Parra.

DEL DIBUJAR ENSIMISMADO

Angélica Tanarro

Algo no empieza/ a la hora de siempre.

Algo no sucede/ según lo establecido.

Wisława Szymborska

Estoy en la casa-taller de Isidro Parra en Alcázar de San Juan, la localidad manchega en la que nació en 1925 y en la que murió en 2007 tras una vida entera dedicada al arte. Una vida que transcurrió principalmente en Madrid adonde llevó el pasaje de La Mancha pegado en los pinceles. Es una mañana de julio. Fuera, la enésima ola de calor del verano impone su ley. Dentro, la ley la impone desde la entrada la obra del hombre que diseñó este lugar, consciente de que albergaría su legado y del que apenas pudo disfrutar un par de años.

En las vitrinas de la zona destinada a exposiciones, los dibujos seleccionados por su sobrino Alejandro Martínez Parra, empeñado en la tarea de que ese legado siga vivo, transmiten una primera impresión: energía. Una energía que está en el ambiente. En un atril me llama la atención un cuaderno de dibujo con tapas de cuero. Contiene algunas de esas obras tan personales que llenan vitrinas y estantes en la pared. En el cuaderno apenas hay una decena de dibujos, el resto de sus páginas está en blanco. Me da por pensar que pudo ser su último cuaderno, inacabado por una muerte quizá inesperada. Pero su viuda, Manuela Sanz, su compañera de toda una vida, me saca del error: era uno de tantos, uno de los que llenó o dejó inacabados compulsivamente. “Están por todas partes”. Sí, los dibujos de Isidro Parra están por todas partes, cuadernos, hojas sueltas, tacos, márgenes de periódico (los más complicados de rescatar). Llenan carpetas y cajones. Por no hablar de los bocetos o dibujos

preparatorios de cuadros y grabados o de los libros de artista que tantas satisfacciones en forma de premios le procuraron. Estoy pensando en las ilustraciones para la edición del Lazarillo de Tormes de la editorial Archeles que en 1991 obtuvo el primer al mejor libro ilustrado en el certamen que convoca el Instituto Nacional del Libro.

Dibujos en línea, en sombra, en trazo grueso... Dibujos muelle. Cabezas, muchas cabezas, personajes reales o inventados, soñados o temidos, salidos del Corral de Comedias de la cercana Almagro o de la Comedia del Arte, de sus recuerdos, de sus lecturas, de su imaginación.

Escribí la palabra energía. Isidro Parra fue un artista que no se plegó a modas ni tendencias, pero tampoco a una técnica. Pintó (óleos, acuarelas, tintas, tizas), grabó, diseñó, hizo murales, construyó espacios, los decoró y se aventuró fugazmente por el camino de la escultura... Él lo expresó así: “He preferido hacer una obra inspirada en los momentos más personales que surgían o se me ocurrían de forma espontánea e intentar, a través de mi experiencia la formulación de una nueva forma de expresión”. Y por si quedaran dudas: “no quiero sacrificar en aras de una dudosa ‘personalidad’ mis facultades sensitivas, el aporte de experiencias culturales y técnicas”.

Quizá nuestro artista tenía en mente las palabras de su admirado Giorgio de Chirico cuando exhortaba a los que él llamaba ‘pintores investigadores’ “que desde hace medio siglo se afanan y se desviven por inventar escuelas y sistemas, sudan a causa del esfuerzo continuo que hacen por parecer originales, para ostentar una personalidad...” a simplemente “volver al oficio”.

El crítico de arte y poeta José Corredor Matheos, que siguió toda su trayectoria y ha escrito en varias ocasiones sobre ella, afirmó: “yo no estoy seguro, sin embargo, de que Isidro Parra no esté movido en realidad, adentro, de algo así como cierta furia. Lo que ocurre es que tiene dominio de sí mismo y sabe aplacar las fuerzas interiores, como lo hace con las exteriores”.

El lugar artístico de menor contención de esa furia, de esa energía, son sus dibujos.

Los miro y se me desdibuja la etiqueta. Como se me desdibuja un paisaje desde el tren o una calle íntima en sus lienzos que, independientemente del objeto, aspiran a la esencialidad. Dentro del conjunto de su obra son tan variados y libres como su obra misma. Forman un microcosmos lleno de pequeñas constelaciones. Y aquí viene la primera dificultad: ¿cómo clasificarlos?, ¿es posible un orden?, ¿de qué hilo tirar para desentrañar tan complejo mundo? ¿Una división temática? Por ejemplo: las cabezas, La Mancha, aún más concretamente, Alcázar, los personajes del teatro, los toros... ¿Una división estilística? Los más abstractos, aquellos en los que se adivina un deje surrealista, los que traslucen su gusto por las atmósferas de Chirico, los más figurativos, los de trazo grueso, los de línea continua...

No conocí a Isidro Parra, pero tengo la sospecha y me atrevo a expresarla de que sonreiría ante esas preguntas. Lo que buscan le parecería un empeño absurdo, innecesario. En el arte “¿para qué ser racional?”, se preguntó una vez.

Miro y me dejo llevar.

Contemplo alguno de los dibujos que hizo para el Lazarillo de Tormes y por una de esas extrañas asociaciones de ideas, me viene al pensamiento algo que había olvidado por completo: recuerdo los dibujos que un Balthus niño dedicó a Mitsuo, su gato perdido, y que inspiraron a Rilke un bello texto azuzado por las condiciones que adivinó en el joven artista. ¿Qué vio el autor de las ‘Elegías de Duino’ en esas viñetas cuyos trazos son un mágico encuentro entre ingenuidad y esa seguridad un tanto insolente de la juventud? Yo diría que vio instinto. El instinto del artista. Y eso es lo que yo veo en los dibujos de Parra. Instinto sin ataduras.

No le conocí y estos días en que me acompaña su sombra echo de menos una conversación. Repaso sus dibujos, miro sus cuadros, visito su estudio, miro el paisaje de La Mancha intentando sentir cómo él lo sentía... Sospecho que, mientras repaso sus catálogos, mira por encima de mi hombro. Casi noto su sonrisa irónica.

“Así no se puede”, le digo mentalmente.

Y cuanto más las contemplo, una clasificación que me asaltó en el primer encuentro con estas pequeñas obras (a menudo dibujaba en piezas de papel diminutas) se me impone con toda su fuerza abstracta. Diría que hay en su trayectoria dos grandes grupos de dibujos. Los conscientes y los inconscientes. Y ahora pónganse todas las comillas del caso.

Los primeros le sitúan frente al objeto, paisaje, proyecto. Es el lugar del que dibuja en la tradición Occidental.

Los segundos son como los sueños, parecen venir del inconsciente. La mente racional no está al mando. La mano es entonces el instrumento a través del cual fluyen recuerdos, obsesiones, deseos, imágenes acumuladas en su oficio de pintor, lo visto, lo leído, lo intuido. También el juego, sobre todo el juego. El humor. Dice John Berger que el impulso para dibujar parte de la mano, no de los ojos. También que los dibujos tienen una rapidez similar al lenguaje de los sordomudos. Pienso que ambas cosas cuadran con el Isidro Parra dibujante.

Imagino su mano rápida, concentrada, casi sin mirar el resultado sobre el papel, como si no necesitara fijar demasiado la vista en el espacio en blanco. Pienso en la inevitabilidad de esta acción que a menudo le servía de descanso.

Escuchémosle de nuevo: “Yo venía descubriendo en mi pulso, en mi manera de dibujar, un cierto equilibrio entre la superficie que quería dibujar con mi mano, consiguiendo un impulso totalmente intuitivo sin una participación previa de ninguna historia”.

Y sí, a veces había historia. Ya se ha hablado de las ilustraciones del Lazarillo de Tormes, pero también ilustró El Quijote, también ‘contó’

la historia de Adán y Eva, hizo el libro de 'Los animales vivos' junto al poeta Gabino Alejandro Carriedo, dibujó Almagro y sus secretos como esa baraja recuperada durante las obras de restauración del Corral de Comedias y a la que dedicó una serie.

Y siempre diversión, sensualidad, erotismo, sorpresa, libertad...

Juego y poesía

Una parte importante de su energía como dibujante la dedicó a las cabezas. Infinitas cabezas, algunas reunidas en 'Cabezas que se han venido a vivir a este libro'. Masculinas, femeninas, imposibles, risueñas, amargas, cabezas sobre cabezas, cabezas que son la nariz de otras cabezas, cabezas formadas por once figurillas humanas haciendo de ojos, de orejas, de boca...

Algunas, bastantes, muchas, aparecen en ese espacio un tanto increíble para el dibujo que son los márgenes del periódico en papel. Isidro Parra era un asiduo lector del periódico y en esos márgenes (afortunadamente recuperados por su mujer) encontró un inusitado campo de juego. No está mal como metáfora para alguien que casi se empeñó en trabajar en los márgenes de la visibilidad mediática y crítica. Sí, en los márgenes de todo suceden a veces cosas importantes.

En el espacio estrechísimo entre la mancha de texto y el borde del papel, superponiéndose a veces a la primera, dejó multitud de pequeños dibujos.

Su tamaño nos obliga a acercarnos y, de alguna manera, ese acercamiento es como una entrada a su intimidad.

En algunos veo al Isidro Parra que se divierte 'manchando' en las páginas de los pasatiempos, aportando los suyos propios en líneas disparatadas, con un deje de inocencia, como si se dejara poseer por el niño que se maravillaba entre los utensilios del taller de su tío pintor.

Pero, en otros, veo al Isidro Parra ensimismado, quizá poseído por el

próximo proyecto o, simplemente, respirando en la atmósfera de su torrente creativo. Y es en estos, que unas veces son más abstractos, otras más surrealistas, siempre suyos, en los que veo traducida la fuerza lírica de su vocación.

Afortunadamente, esa cierta apuesta por los márgenes no lo fue del todo y tuvo el reconocimiento que merecía en vida. Pero ahora que podemos disfrutar de su legado es un buen momento para mirar esta faceta de su obra quizá menos atendida. Porque, como reconocieron sus contemporáneos, Isidro Parra fue un gran dibujante. ¿Y no es el dibujo la esencia, el lugar donde se la juega todo artista?

Angélica Tanarro, 2024



